

*trium indifferentiae*, una vez abandonada desde hace tiempo la fórmula de la absoluta libertad de albedrío.

Pero estas argumentaciones no tienen sentido. Toda aplicación de principios físicos en el terreno moral tiene que contar con la indudable diferencia fundamental entre las realidades físicas y éticas. Por otra parte, la moderna física no tiende a aniquilar las individualidades observadas, sino, todo lo más, a situarlas dentro de un campo que nunca queda bien definido ni constante. Esto puede hacerlo la física, pero no se lo puede permitir la ética, la cual ha de mantener ante todo, incondicionalmente, la idea de la individualidad humana, ya que de otro modo la axiología sería inconcebible y vanescente.

Por otra parte, en la conciencia y en la teoría ética ha de haber siempre cierto determinismo. Pues la razón humana siempre tiende a construirse una personalidad diferenciada, y no puede haber eticidad sin esa construcción determinada por la misma libertad racional. — A. S.

RYNIN (D.): *The Autonomy of Morals*, en «Mind», LXVI, 263, 1957 (páginas 308-317).

Es un criterio en general admitido por los filósofos y moralistas que la moral debe ser autónoma. La heteronomía de la moral obligaría al moralista a entrar en otros sectores del conocimiento y entorpecería el propio proceso de la moral.

P. H. Nowell-Smith, en un interesante libro publicado recientemente (*Ethics*, Penguin Books, Londres, 1954), distingue fundamentalmente entre el intuicionismo y el naturalismo. Con el criterio intuicionista el deber y el bien estarían en una relación necesaria en función de su propia autonomía valorativa. De acuerdo con un criterio naturalista, el bien y el deber actuarían como categorías aplicadas a contenidos que arrastran la moral al campo de lo heterónimo.

La heteronomía está explicitada en ciertas proposiciones que aluden a la necesidad de no hacer o hacer algo en función del deber, en el lenguaje popular, pero al mismo tiempo hay juicios de hecho que hacen referencia a la derivación de la moral de supuestos externos a ella misma. De acuerdo con el

criterio de la lógica clásica, algunas de estas proposiciones se podrían formular según el modelo *bárbara*. Pero otras proposiciones implican una inferencia que requiere un juicio sintético y que plantean con más rigor el problema de la autonomía. Resulta, pues, que son las normas de inferencia y su estructura las que plantean con mayor exigencia el problema de la autonomía. El autor del artículo emplea la palabra «performativo» para indicar las presunciones facticias que en cierta medida determinan la conclusión moral. En los juicios morales hay implícitas asunciones o presunciones que llevan inexcusablemente a la aplicación del juicio moral. Tendría un carácter quimérico, a juicio del autor, eludir la inferencia en esta clase de proposiciones. Así se presupone que existe al menos una persona adherida a las exigencias de la moral cristiana y se llega a la conclusión de que tal persona debe hacer esto y no lo otro. Desde el criterio de inferencia, parece aceptable que la autonomía de la moral no se puede entender sino en función de determinadas presunciones que, como la misma palabra indica, son previas. — E. T. G.

SAUER (Wilhelm): *Werttheoretische Studien*, en «Zeitschrift für die Gesamte Staatswissenschaft», CXIII, 2, 1957 (págs. 265-284).

Se plantea el autor en principio el problema de una ciencia autónoma de los valores o una ontología de los valores. Desde el criterio ontológico, que en el fondo es el punto de vista escolástico, la axiología es una teorización sobre determinados modos del ser y por consiguiente se reduce a una ontología. Desde el criterio opuesto los valores tienen un plano propio con notas propias y no son confundibles con la dimensión ontológica. Partiendo de esta problemática inicial, recoge la contraposición entre ser y valor, particularmente desde el punto de vista de la ontología de los valores. N. Hartmann, que tropezó con la dificultad, hablaba de una nueva ontología en la cual la contraposición quedase superada. El ser y el deber aparecerían como expresiones de una misma realidad en distinto plano. Sin embargo, el análisis estructural, como diría Heidegger, de valores y entidades, lle-